

Lo placentero

"Adolf Loos. Libró a la humanidad de trabajos inútiles".

Menos ese, que escogió para sí mismo, cualquier epitafio le conviene, porque Loos nos ha obligado a, como mínimo, un trabajo suplementario: explicar su vida contra las deformaciones que se han ido acumulando sobre ella, hasta ocultarla. En efecto, pocas veces el reconocimiento de un mérito ha ido tan solicitadamente acompañado del desconocimiento de las opiniones reales del paciente homenajeado.

De Adolf Loos nos han querido hacer creer la imagen del ascético bautista que, renunciando a goces y ornamentos, anuncia por exclusión la llegada de un nuevo mundo a cuyas puertas se detiene, sin osar o sin saber transpasar.

En las vísperas de las vanguardias -nos han dicho-, la voz de Loos no llegará a unirse al coro de lírica sabia y solemne de Gropius, Mies, Mendelsohn o Le Corbusier: su épica monorríma, ingenua y primitiva, habrá enmudecido la noche anterior, guardando el encanto de la vacilación aventurera, del dedo que se levanta para apuntar, del tozudo rigor de quien va borrando cuanto cae bajo su mano para ver aparecer en el papel, bajo las mollejas de goma, el rostro de lo esencial.

Esta leyenda es bella pero falsa: es más bella la verdad.

"El defensor del ornamento cree que mi impulso hacia la sencillez equivale a mortificación. ¡No, señor Profesor, no me mortifico! Así me gusta más.

Los platos de siglos pasados, que se presentaban ornamentados para hacer más apetitosos los pavos, los faisanes y langostas, a mí me producen el efecto contrario. Voy con repugnancia a una exposición de arte culinario, sobre todo si pienso en tener que comerme uno de esos cadáveres emplumados.

Yo como roastbeef".

Como su paladar, que se mueve por gusto y no por deber, así su arquitectura.

Se conservan pocas fotografías de los interiores de Loos. No sólo por la antipatía que levantaba Loos entre los arquitectos y artistas que controlaban las revistas vienesas de principios de siglo, sino por la difícil representación de su espacio, que ni en dibujos ni en instantáneas permite una clara comprensión de sus efectos. El

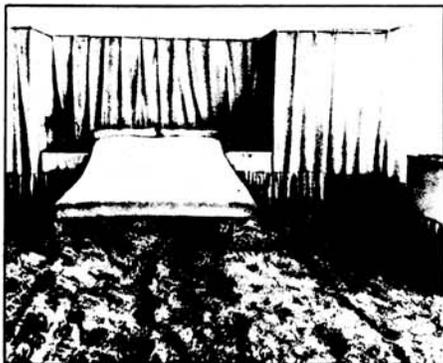
propio Loos ya lo había anunciado en algún escrito.

Se trata de un espacio advertible sólo sensorialmente y no mentalmente. Si el dibujo puede ser una argucia para reproducir un espacio mentalizable, no hay representación posible de una sensación. Se trata de un espacio que, como decía Loos de la buena arquitectura, "puede ser descrito pero no dibujado".

El Raumplan, lejos de ser un sistema de proyectar o un credo ahorrador de espacios -contra el derroche del forjado único- es la única teorización posible de ese espacio sensorial: los ambientes deben adherirse al ocupante como las ropas sobre la piel, con una presión específica a cada caso. ¿Se aceptaría una misma presión sobre el cuerpo en un gabán y una bata, en unos pantalones de montar y de pijama? Claro que no. La flotabilidad del cuerpo en su funda depende de cada caso, es condición y resultado de los movimientos y los estados de ánimo.

Igual debe ocurrir con un comedor o un fumador, con una biblioteca o un dormitorio: últimas prolongaciones del vestuario, capa exterior del grueso envoltorio que enfunda, desde la piel a las paredes, el cuerpo. ¿Habéis advertido los materiales que gustan a Loos? Todos ellos tienen en común que podrían describirse desde la impresión que dejan en las yemas de los dedos. Cueros, plata, mármol, madera, telas, linóleo, bronce. Incluso sus valores ópticos son táctiles: los veteados de un mármol son lengüetazos en el dorso de la mano.

Las manos de Loos. No hay fotografía de Loos que no incluya, con su rostro, las manos, de venas abultadas y acostumbradas a palpar, a recordar desde ellas los



materiales y su arquitectura:

"El arquitecto, primero, siente el efecto que piensa producir, luego ve los espacios que desea crear", dirá Loos en uno de los artículos de su serie de 1898, Das Prinzip der Bekleidung; ahí mismo explicaba las operaciones que resuelve un arquitecto:

"El arquitecto tiene la obligación de realizar un espacio cálido y cómodo. Las alfombras son cálidas y

cómodas. Por ello, decide extender una sobre el suelo y colgar tapices en las paredes. Pero no se puede construir una casa a base de alfombras y tapices. Lo mismo unas que otros necesitan una armazón constructiva que los sostenga en posición correcta. Encontrar esta armazón constituye el segundo trabajo del arquitecto".

Das Prinzip der Bekleidung: cualquier material puede ser revestido con cualquier material, mientras el revestimiento no se confunda con lo revestido. Pero, en definitiva, ¿qué es lo revestido en el ambiente loosiano? ¿los muros? No, en absoluto: eso son sólo las armazones constructivas de donde cuelgan los revestimientos, las espaldas de los revestimientos. Lo revestido es, siempre, el cuerpo.

Toda la arquitectura de Loos, que siempre es interior, puede ser explicada como funda de un cuerpo. Desde "Das Schlafzimmer meiner Frau" hasta la casa para Joséphine Baker, desde esa bolsa de pieles y telas donde revolcarse, hasta esa piscina de paredes transparentes a cuyo alrededor se disponen el resto de los ambientes, gravitando en torno a los cuerpos deslizantes. Siempre esa misma repetición de una bolsa cálida donde enfundarse.

Arquitectura del placer, por lo tanto. Pero también arquitectura de la placenta, que quiere reconstruir, reconquistar ese único ambiente pacífico y consolador del refugio maternal.

Cuando Karl Kraus acompañó hasta la tumba el cuerpo de su amigo Adolf Loos, el 25 de agosto de 1933, lo comparó a él también con uno de esos refugios que tanto había querido:

"...el mundo deberá recordarte, Adolf Loos, y sentirá agradecido tu recuerdo, como algo de su propiedad, como una parte de su propio ser, como una habitación preparada por tu mano, pródica y segura".

No, no es un trabajo inútil hablar de Adolf Loos. Es un placer tanto como un agradecimiento. Loos había escrito:

"Sí, nuestro tiempo es hermoso, tan hermoso que yo no quisiera vivir en ningún otro. Nuestro tiempo se viste hermoso, tan hermoso que, si me hicieran elegir entre las ropas de otros tiempos, correría alegre hacia mi gabán. Da gozo vivir".

Lo escribió poco antes de retirarse a morir, en el asilo psiquiátrico de su amigo el Dr. Schwarzmann.

"Adolf Loos, der die Menschen von überflüssiger Arbeit befreite".

José Quetglas